

« El sueño que has tenido hace poco, el que te atormenta ahora podrían servirte de lección provechosa, y hasta salvar tu alma, porque las misteriosas imágenes de ese sueño tienen un significado profundo. El lago de sangre en donde han aparecido tus víctimas, es la sangre que tú has derramado: la lava ardiente que has visto, es el devorador remordimiento que debiera haberte consumido, para que un día compadeciéndose Dios de tus dilatados tormentos, te llamara así y te hiciese gozar las inefables dulzuras del perdón eterno. Pero no, estas advertencias serán inútiles; y lejos de arrepentirte, todos los días echarás de menos el tiempo en que perpetrabas crímenes. De esa continua lucha entre tu sed de sangre y la imposibilidad de satisfacerla, entre tus hábitos feroces, y la necesidad de estar sujeto á seres tan débiles como crueles, resultará para ti una suerte espantosa y horrible... ¡Infeliz! »

Alteróse al llegar aquí la voz de Rodolfo, y calló por un momento como si la agitación y el horror le hubiesen cortado la palabra. El Maestro de Escuela sintió que se le erizaban los cabellos: ¿cuál podía ser esa suerte que inspiraba lástima á su mismo verdugo?

« La suerte que te aguarda, continuó Rodolfo, es tan espantosa, que no parece sino que la venganza divina te ha destinado para que expíes los delitos de los hombres más atroces y malvados. ¡Desdichado de ti! La fatalidad quiere que sepas el horrendo castigo que te aguarda, y quiere que no hagas cosa alguna para evitarlo. Vas á ver el porvenir. »

En aquel momento le pareció al Maestro de escuela que recobraba la vista, abrió los ojos y vió; pero lo que vió produjo en su alma tan horroroso espanto, que al hacerle arrojar un grito agudo y penetrante despertó con indecible sobresalto de su espantoso sueño.

IX

LA CARTA

En el reloj de la granja de Bouqueval daban las nueve cuando la señora Adela entró á grandes pasos en el cuarto de María, cuyo sueño era tan ligero, que se despertó al momento.

Un hermoso sol de invierno lanzando sus rayos al través de las persianas y cortinas, derramaba suaves tintas rojas en el cuarto de la joven, dando á su pálido y dulce rostro los colores que le faltaban.

— ¡Y bien! hija mía, dijo madama Georges sentándose en la cama de María, y dándole un beso, ¿cómo estáis?

— Mejor, señora, mucho mejor. — ¿No os han despertado esta mañana muy temprano?

— No, señora.

— Me alegro. Ese pobre ciego y su hijo á quienes se dió hospedaje anoche, han querido irse al amanecer, y yo temía que el ruido que han echo para abrir las puertas os hubiese despertado.

— ¡Pobres gentes! ¿Y cómo se han ido tan temprano?

— No sé, ayer noche al dejaros en cama bajé á la cocina para verlos, pero estaban los dos tan fatigados, que quisieron retirarse. El tío Chatelán me dijo que el viejo no estaba al parecer en todo su juicio, y toda la gente está admirada del esmero con que el niño le cuidaba. Pero oid, María, creo que habéis tenido un poco de calentura, y no quiero que os expongáis al frío; hoy no saldréis de casa.

— Perdonad, señora, pero á las cinco de la tarde he de estar en la abadía porque el señor cura me esperará.

— Eso sería una imprudencia; habéis pasado mala noche, y bien claro dicen vuestros ojos que apenas habéis dormido.

— Es cierto, y además he tenido sueños espantosos. En sueños he vuelto á ver á la mujer que me atormentaba cuando niña, y me he despertado con mucho sobresalto: ya sé que es una debilidad ridícula de la cual me avergüenzo.

— Y á mí me aflige mucho esa debilidad, porque os hace padecer, ¡pobre niña! La señora Adela iba á preguntar á María por qué lloraba, cuando ésta arrojándose á su cuello ocultó el rostro en el seno de su madre adoptiva.

— ¡Dios mío! ¿Qué significa esto, María? ¿Qué tenéis? Me asustáis.

— Sois tan buena para conmigo, que me pesa no haberos confiado lo que le dije ayer tarde al señor cura: mañana os lo contaré, porque ahora me costaría mucho trabajo repetir esa confesión.

— Vamos, vamos, hija mía, sed más razonable; estoy segura de que en ese gran secreto que le habéis comunicado, hay más cosas dignas de elogio que de vituperio. No lloreis así, porque padezco mucho.

— Perdonadme, señora; mas no sé por qué de dos días á esta parte mi corazón se despedaza, y á pesar mío acuden lágrimas á mis ojos, y tengo muy tristes presentimientos. Me parece que va á sucederme alguna desgracia.

— ¡María, María! Tendré que reñiros si os dejáis dominar por esos temores imaginarios; ¿no nos bastan nuestros pesares verdaderos?

— Tenéis razón, señora, hago muy mal, y procuraré vencer esta debilidad. ¡Si vos supierais cómo me echo en cara el no estar siempre alegre, contenta como debiera! Mi tristeza debe parecer una ingratitud.

Iba á tranquilizarla la señora Adela, cuando Claudia después de llamar á la puerta entró en el cuarto.

— ¿Qué se ofrece, Claudia?

— Señora, Pedro ha venido de Arnouville en el calesín de madama Dubreuil, y trae para vos esta carta, que según le handicho, es cosa que urge. Madama Georges leyó en voz alta: « Mi querida madama Georges: os quedaría muy obligada « si me sacaseis de un grande apuro viniéndoos al instante á la granja. Pedro « puede traerlos y llevaros otra vez después de comer. No sé adonde volverme, « porque Dubreuil ha ido á Pontoise para vender las lanas: por lo mismo « acudo á vos y á María. Clara envía un abrazo á su buena hermanita y la « aguarda con impaciencia. Venid antes de las once, pues os espera para « almorzar vuestra muy sincera amiga—G. Dubreuil. »

— ¿Qué podrá ser? dijo la señora Adela á María: por fortuna el tono de la carta prueba que no se trata de asunto grave.

— ¿Iré yo con vos, señora? preguntó María. — Quizás no es prudente, porque hace mucho frío; sin embargo eso os servirá de distracción, y abrigándoos bien, creo que no podrá haceros daño ese corto paseo.

— Pero, señora, olvidáis que el señor cura me aguarda á las cinco.

— Es verdad, estaremos de vuelta antes de esa hora.

— Mil gracias, ¡cuánto gusto tendré en ver á la señorita Clara!

— ¡Cómo! dijo la señora Adela en tono de dulce reconvención, ¿aun estamos en eso de señorita Clara? ¿Cuando ella habla de vos, dice acaso señorita María?

— No, señora, contestó Flor de María bajando los ojos, pero yo....

— ¡Vos! vos sois una niña cruel que no pensáis sino en atormentaros: ya olvidáis lo que me prometisteis hace poco. Vestíos pronto y abrigaos bien: vamos pronto, y estaremos en Arnouville antes de las once. En seguida saliendo la señora con Claudia, dijo:

— Que Pedro espere un momento; dentro de algunos minutos estaremos aquí.

X

LA FATALIDAD

Media hora después de esta conversación la señora Adela y María subían en una de esas grandes calesas que usan los labradores ricos de las inmediaciones de París, y bien pronto el carruaje tirado por un robusto caballo y conducido por Pedro rodó velozmente por el camino que va desde Bouqueval á Arnouville.

El vasto edificio de la quinta arrendado por Mr. Dubreuil atestiguaba la importancia de aquella grandiosa hacienda que Cesarina de Noirmont llevó en dote al duque de Lucenay. El chasquido del látigo de Pedro advirtió á

madama Dubreuil la llegada de María y de la señora Adela, que fueron recibidas con las mayores muestras de contento por la arrendadora y por su hija. Frisaba la edad de la primera con los cincuenta años y su fisonomía era dulce y afable, al paso que las facciones de su hija, hermosa morenita con ojos azules y mejillas frescas y encarnadas, decían cuan cándida y bondadosa era. No extrañó poco á María ver cuando Clara fué á abrazarla que estaba vestida de labradora como ella en vez de estarlo de señorita.

— ¿Es posible, Clara, dijo la señora Adela abrazándola, que también vos os hayáis vestido de campesina?

— ¡Pues qué! dijo madama Dubreuil, ¿no debe imitar en un todo á su hermana María? No ha parádo hasta tener una saya y un jubón iguales á los de María; pero dejando á un lado los caprichos de estas niñas, os ruego, amiga mía, dijo madama Dubreuil suspirando, que paséis adelante y os contaré algo importante.

Entraron las cuatro en el salón, sentóse Clara al lado de María, cedióle el mejor lugar cerca de la lumbre, le hizo mil caricias, le cogió las manos para ver si las tenía frías, dióle otro abrazo y la llamó picaruela, echándole en cara en voz baja la poca frecuencia de sus visitas. Si el lector no ha olvidado la conversación de la joven con el cura comprenderá fácilmente que estas ingenuas y tiernas caricias debieron producir en Flor de María gozo, humillación y temor al mismo tiempo.

— ¿Qué ocurre, mi querida amiga, dijo la señora Adela y en qué puedo complaceros?

— En muchas cosas, y voy á explicaros lo que ocurre. Creo que no sabéis que esta granja es propiedad de la señora duquesa de Lucenay y que nos entendemos directamente con ella sin que intervenga el mayordomo del señor duque.

— En efecto lo ignoraba.

— Vais á saber por qué os lo digo. Es el caso que pagamos el arriendo á la señora duquesa ó á madama Simón que es la señora de su confianza. La señora duquesa aunque tiene el genio algo fuerte es tan bondadosa que gusta su trato, y mi marido y yo daríamos por ella nuestra vida; cosa que no os extrañará porque yo la he visto muy pequeñita cuando venía aquí con su padre el difunto príncipe de Noirmont que era lo que se llama todo un señor. El caso es que la señora duquesa nos pidió no hace mucho que le adelantáramos media anualidad del arriendo, que son 40,000 francos, que no es cosa de encontrárselos ahí á la vuelta de la esquina; pero teníamos esa cantidad ahorrada que por cierto es el dote de Clara, y de la noche á la mañana la señora duquesa se encontró con ese dinero en buenos luses de oro. ¡Ya se ve! esas grandes señoras tienen tantos gastos y tanto lujo que es un milagro que no estén alcanzadas. Y sin embargo, no hace más de un año eso de que la señora duquesa quiera cobrar el arriendo el día que vence, porque antes maldita la

necesidad que tenía de dinero : pero los tiempos mandan, y las cosas van hogaño como no iban antaño.

— Hasta ahora, mi querida amiga, yo no veo en que puedo servirlos.

— Allá voy, allá voy, pero os refería todo esto para que sepáis la confianza que tiene en nosotros la señora duquesa. Y eso sin contar con que á la edad de doce ó trece años fué madrina de Clara y el señor príncipe fué su compadre, y desde entonces acá siempre se ha acordado de ella y le ha hecho muchos regalos. La cosa es que ayer por la noche recibí de la señora duquesa esta carta que voy á leeros.

« Es absolutamente preciso, mi querida madama Dubreuil, que el pabellón del « jardín esté del todo arreglado pasado mañana por la tarde : haced trasladar « á él todos los muebles necesarios, alfombras, cortinas etc., etc., de manera que « nada falte y que sobre todo sea tan *confortable* como se pueda. » ¡ *Confortable!* lo habéis oído?

— Y observe V. que la palabra está subrayada, dijo madama Dubreuil mirando á su amiga con aire meditabundo. Luego continuó leyendo :

« Haced que en el pabellón arda día y noche la chimenea para que se seque « la humedad que probablemente habrá. Á la persona que irá á ocuparlo la « trataréis como á mi misma y en la carta que os entregará dicha persona « veréis lo que me prometo de vuestro acreditado celo. Esta vez cuento con « vos sin temor de equivocarme, pues sé que sois muy buena y que me amáis « con cariño. Adiós, mi querida madama Dubreuil, abrazad en mi nombre á mi « abijada, y contad con el afecto de

NOIRMONT DE LUCENAY. »

« P. D. La persona que ha de ocupar el pabellón llegará pasado mañana por la « tarde; os ruego que procuréis que la habitación sea todo lo *confortable* posible. »

— ¿ No oís? Otra vez esta palabra subrayada.

— ¿ Y qué? Nada más sencillo, dijo la señora Adela.

— ¿ Cómo que nada más sencillo? ¿ Pues no habéis entendido? La señora duquesa quiere que el pabellón esté tan *confortable* como pueda ser, y esta es la causa porque os he rogado que vinierais. Clara y yo nos hemos devanado los sesos para averiguar lo que significaba *confortable*, pero no hemos salido del paso, y eso que Clara ha estado en un colegio en Villiers-le-Bel y ha ganado no sé cuántos premios de historia y de geografía; sin embargo entiende esa estrambótica palabra lo mismo que yo. Nosotras creemos que debe ser una palabra de corte, ó cuando menos de las gentes del gran tono. Es un apuro terrible, bien lo veis, porque el caso es que la señora duquesa encarga sobre todo que el pabellón esté *confortable*, raya esta palabra, la repite dos veces, y nosotras no sabemos lo que significa.

— Gracias á Dios puedo explicaros ese gran misterio; dijo la señora Adela sonriéndose : en el caso presente *confortable* quiere decir un cuarto cómodo, bien acondicionado, en el que nada falte; en fin una habitación en la cual haya desde las cosas que son necesarias hasta las superfluas.

— ¡ Bendito sea Dios! ya lo entiendo, pero ahora estoy más apurada que nunca.

— ¿ Y por qué?

— Porque la señora duquesa habla de alfombras, de muebles, de cortinas, etc., y aquí no tenemos alfombras, nuestros muebles son muy ordinarios, y por otra parte no sé si la persona que ha de venir es caballero ó señora, y todo ha de estar arreglado mañana por la tarde. ¿ Cómo se hace esto? ¿ Cómo se hace? aquí no hay ningún recurso, y os digo en verdad que es cosa para volverse loca.

— Pero mamá, dijo Clara, podéis tomar los muebles de mi cuarto y mientras aguardo que traigan otros puedo irme á pasar unos días á la granja de Bouqueval con María.

— ¡ Tu cuarto, hija mía, tu cuarto! ¿ pues acaso esos muebles son bastante buenos? todo eso no es *confortable*, como dice mi señora la duquesa; ¿ de dónde sacan semejantes palabrotas?

— ¿ Acaso ese pabellón está por lo común deshabitado? preguntó la señora Adela.

— Sí que lo está : Es esa casa blanca aislada que veis á lo último del huerto : la mandó construir el señor príncipe para la duquesa cuando era soltera, y en ella solían pasar muchos ratos cuando venían á la quinta. Hay tres cuartos muy lindos y en el extremo del jardín una lechería á la suiza, en donde la señora duquesa se divertía cuando niña haciendo la lechera : desde que se casó sólo ha estado dos veces aquí, y en cada una de ellas ha pasado algunas horas en el pabellón. La vez primera, que hará como unos seis años, vino á caballo en compañía de..... Pareció que madama Dubreuil recortó la frase porque estaban delante la señora Adela y María, y cambiando repentinamente de conversación dijo : pero yo estoy aquí charlando á más y mejor, y todo esto no me saca del paso. Aconsejadme, pues, amiga mía, qué debo hacer.

— Vamos á ver: decidme qué muebles hay en el pabellón.

— Pocos y malos : en la pieza principal una esterilla de paja, un canapé de junco, poltronas por el mismo estilo, una mesa, algunas sillas, y punto concluido. Desde eso á estar *confortable* hay una distancia inmensa.

— Pues bien : en vuestro lugar yo enviaría á París un hombre inteligente.

— El más á propósito es el mayordomo, porque tiene mucha actividad.

— Está bien, vaya pues el mayordomo. Ahora son las once, en dos horas va á París, entra en casa de cualquier tapicero de la Chaussée-d'Antin, le entrega

la lista que yo os haré cuando haya visto lo que falta en el pabellón, y le dice que cueste lo que cueste...

— Si, sí, con tal que la señora duquesa esté contenta no reparo en gastos.

— Que cueste lo que cueste, es preciso que todo lo notado en la lista esté aquí esta misma noche, juntamente con dos ó tres de sus dependientes á fin de que lo arreglen; y como sólo se trata de transportar muebles, de poner cortinas y de ajustar alfombras todo puede estar muy arreglado mañana por la tarde.

— ¡Ay, amiga mía! ¡y de qué apuro me habéis sacado! Nunca me hubiera ocurrido á mí ese medio. La Providencia me ha aconsejado que os escribiera: tened la bondad de extender esa lista para que el pabellón esté...

— ¿*Comfortable*? sí que lo estará.

— ¡Ay Dios mío! otra dificultad me ocurre. No sabemos si el huésped es hombre ó mujer, porque la duquesa dice en la carta *una persona*, y esto no nos saca de dudas.

— Arreglado todo como si se tratase de una señora, y si no tanto mejor para él.

— Tenéis razón, muchísima razón.

En aquel momento entró una moza de la quinta á decir que el almuerzo estaba pronto.

— Almorzaremos después, dijo la señora Adela, y mientras yo apunto lo que falta, haced medir la extensión y altura de las tres piezas, para que sepan el tamaño de las cortinas y alfombras que han de traer.

— Sí, voy á decirselo al mayor domo.

— Señora, dijo la criada de la quinta, también está ahí la lechera de Stains con todo el ajuar, que viene en un carrito tirado por un borriquito.

— ¡Pobre mujer! dijo madama Dubreuil con ternura.

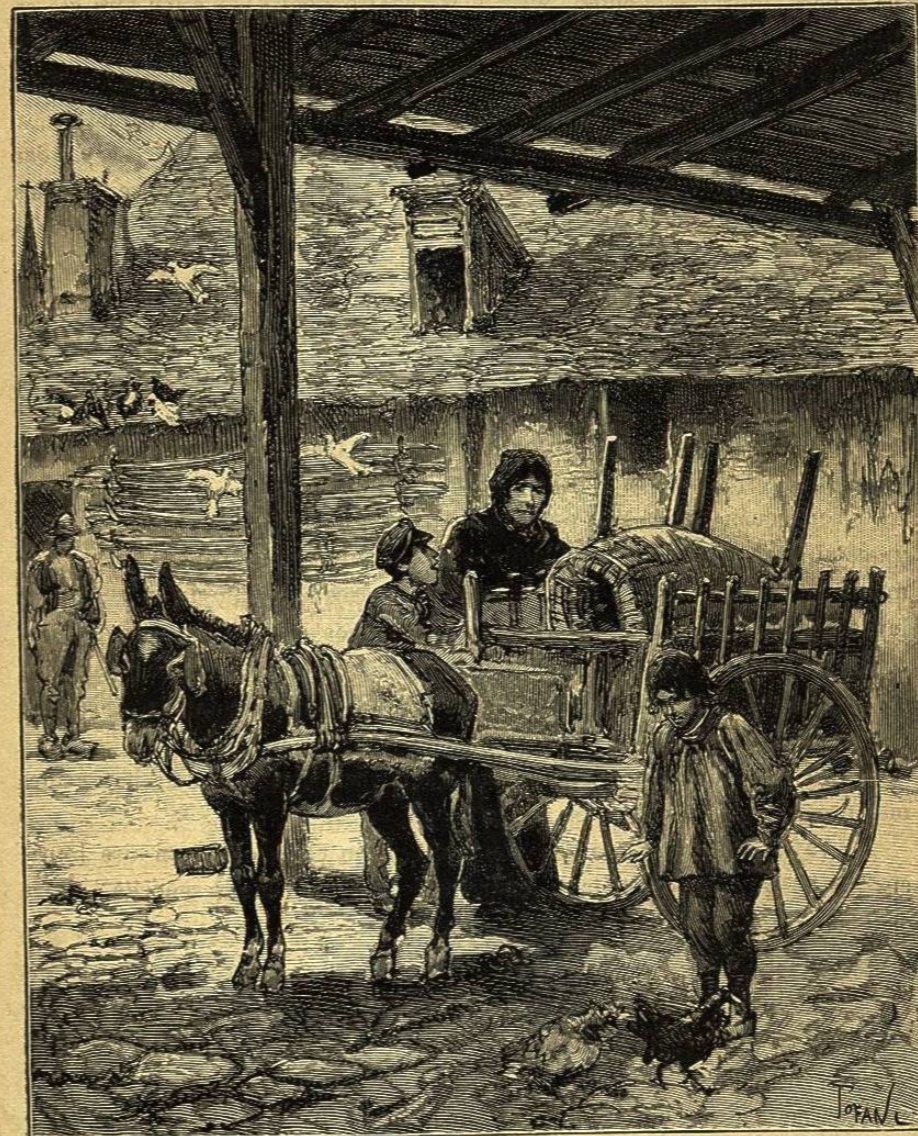
— ¿Qué mujer es esa? preguntó la señora Adela.

— Una labradora de Stains, que con cuatro vacas ganaba alguna cosilla yendo todas las mañanas á vender la leche á París. Su marido, que era herrador, fué un día á la capital con su mujer para comprar hierro, y quedaron en reunirse en la esquina de la calle en que solía vender la leche. Parece ser que la lechera ponía su mesa en un barrio de gente mala, y cuando su marido fué á buscarla la halló disputando con algunos tunos borrachos que habían tirado la leche al arroyo. El marido trató de hacerles entrar en razón, ellos le maltrataron, él se defendió, y en la riña le dieron una cuchillada que le dejó tendido.

— ¡Qué horror! exclamó la señora Adela, ¿y no han cogido al asesino?

— Por desgracia se escapó entre el barullo de la gente, pero la pobre viuda asegura que lo conocería, porque otras veces lo había visto con sus camaradas que suelen ir por aquel barrio; hasta ahora sin embargo, todas las pesquisas han sido inútiles. La pobre viuda ha tenido que vender las vacas y algunos terrones que poseía, á fin de pagar varias pequeñas deudas y el arrendador del

castillo de Stains me la ha recomendado diciendo que es una mujer tan buena como desgraciada. Tiene tres hijos de ocho, diez y doce años; y como precisamente había en la granja una plaza vacante, se la he dado y viene á fijarse



En el corral con sus hijos, el carrito y el jumento.

aquí. Oyes, Clara, continuó madama Dubreuil hablando con su hija, podrías acompañar á esa buena mujer á su habitación, mientras que yo le digo al mayordomo que se disponga para marchar á París.

— Sí, sí madre, y María se vendrá conmigo.

— Que vaya, dijo la madre, porque ya está visto que la una no puede estar sin la otra.

— Y yo, dijo la señora Adela sentándose enfrente de una mesa, comenzaré la lista para utilizar el tiempo, pues á las cuatro hemos de estar otra vez en Bouqueval.

— ¿Á las cuatro? preguntó madama Dubreuil, ¿y á qué tanta prisa?

— Porque María tiene que estar en casa del señor cura á las cinco.

— ¡Oh! si es cosa del señor cura, nada tengo que decir. Ahora voy á dar órdenes para que todo se haga como decís, y al mismo tiempo dejaremos solas á estas muchachas, que sin duda no tendrán poco de que hablar. Marcharemos á las tres.

— Corriente: vamos, Clara, ve, ve con María.

Mientras la señora Adela escribía, madama Dubreuil salió por un lado y las dos jóvenes por otro, seguidas de la muchacha que había anunciado la llegada de la lechera.

— ¿En dónde está esa pobre mujer? preguntó Clara.

— En el corral con sus hijos, el carrito y el jumento.

— Verás cuán pálida está esa infeliz, dijo Clara tomando el brazo de María, y qué aire tan triste tiene vestida de luto. La última vez que vino á verse con mamá me lastimó mucho, porque lloraba á mares hablando de su marido, y luego dejaba de llorar de repente y le daban unos accesos terribles de furor contra el asesino. Entonces me asustaba, porque ponía una cara espantosa; ¡pobre mujer! su quebranto es muy natural. ¿Qué gentes hay tan desgraciadas! ¿No es cierto, María?

— ¡Oh! y tan cierto, contestó suspirando con aire distraído, hay gentes muy desgraciadas, tenéis razón, señorita.

— ¡Vaya! exclamó Clara dando una patada en el suelo con un aire impaciente y triste: ¿Con qué todavía me tratas de vos, y me llamas señorita? ¿Estás enfadada conmigo?

— ¿Enfadada yo? no en verdad.

— Pues sino, ¿por qué me dices de vos? Mi madre y la señora de Adela te han reñido ya por esto, bien lo sabes; y si no te enmiendas, se los diré para que te riñan.

— Perdóname, Clara, estaba distraída.

— ¡Distraída, cuando me ves al cabo de ocho días de estar separadas! dijo Clara con acento triste. Distraída ya sería una cosa muy mala; pero no es eso, no, María; al fin y al cabo me obligarías á creer que eres orgullosa.

María se puso pálida como un cadáver y no contestó á estas palabras. Á su vista la enlutada viuda había lanzado un grito de cólera y horror. Aquella

mujer era la lechera que todas las mañanas le vendía leche á María cuando estaba en el figón del Conejo Blanco.

XI

LA LECHERA

La escena de que vamos á ocuparnos pasa en uno de los corrales de la granja y en presencia de los labradores y criadas que iban viniendo del campo por ser la hora de comer.

Debajo de un cobertizo había un carrito en que estaba el miserable y rústico ajuar de la viuda, que comenzaba á descargar un niño de doce años con la ayuda de dos hermanos menores. La lechera, vestida de negro, era una mujer de cuarenta años, con rostro tosco, varonil y resuelto, y tenía los ojos inflamados de puro llorar. Al ver á María lanzó un grito de espanto; mas bien pronto el dolor, la indignación y la cólera contrajeron sus facciones, y precipitándose sobre la joven, la cogió bruscamente por el brazo, y dijo mostrándola á todas las personas allí juntas: He aquí á una miserable que conoce al asesino de mi marido: mil veces la he visto hablar con ese malvado cuando yo vendía leche en la esquina de la calle de la Vieille-Draperie, á donde venía todas las mañanas á comprarla: ella ha de saber quién es el matador, porque es de la trineca de todos esos bandidos; oh! no te escaparás, malvada, gritó la lechera, agarrando al mismo tiempo por el otro brazo á María que asustada y convulsa hacía esfuerzos para huir. Sorprendida Clara ante esta súbita agresión, no había podido decir ni una palabra; mas al ver tanta violencia gritó dirigiéndose á la viuda:

— Estáis loca, el dolor os perturba, os equivocáis.

— ¡Me equivoco! replicó la aldeana con amarga ironía, ¡me equivoco! no, no me equivoco. Miradla cuán pálida está; mirad cómo da diente con diente. La justicia te hará hablar, desdichada: ahora mismo vas á venir á casa del señor alcalde, ¿lo oyes? ahora mismo; y si tratas de hacer resistencia, tengo buenos puños y te llevaré á la fuerza.

— Sois una insolente, exclamó Clara exasperada; salid de aquí. ¿Cómo os atrevéis á tratar de este modo á mi amiga, á mi hermana?

— ¡Vuestra hermana! Señorita, vos sois la que estáis loca, dijo groseramente la viuda: ¡Vuestra hermana! ¡una moza perdida que durante medio año ha ido por las calles de la Cité entre ladrones, asesinos y rameras!

Á tales palabras los labradores comenzaron á hablar contra María, porque naturalmente abrazaron el partido de la lechera que era de su clase, y cuyas